

# PAN Y TOROS.

ORACION APOLÓGICA QUE EN  
defensa del estado floreciente de la  
España en el reinado de CARLOS  
IV dijo por los años de 1796  
en la Plaza de Toros en  
Madrid

DON GASPÀR MELCHOR DE

*JOVELLANOS.*



**LÉRIDA :**

---

REIMPRESO POR BUENAVENTURA COROMINAS

AÑO 1839.

## ADVERTENCIA.

*El nombre de Don Gaspar Melchor de Jovellanos, de quien es esta obrita, forma su mayor elogio. Su autor hace brillar en ella sus nobles ideas políticas, y profundos conocimientos en todas materias. Ataca directamente al vicio, y crítica los abúsos introducidos por*

*el fiero despotismo y estúpida ignorancia, que debilitan los estados mas bien organizados; procurando al mismo tiempo desterrar la superstición que desfigura la sana moral del Evangelio; sin cuya base no pueden ser felices los pueblos, ni haber solidez y duracion en los imperios.*

**T**odas las naciones del mundo, siguiendo los pasos de la naturaleza, han sido en su niñez débiles, en su pubertad ignorantes, en su juventud guerreras, en su virilidad filósofas, en su vejez legistas y en su decrepitud supersticiosas y tiranas. Ninguna en sus principios ha evitado el ser presa de otra mas fuerte: ninguna ha dejado de aprender de los mismos bárbaros que la han invadido: ninguna se ha descuidado de tomar las armas en defensa de su libertad, cuando ha llegado á poderla conocer: ninguna ha omitido el cultivo de las ciencias, apenas se ha visto libre: ninguna ha escapado de la manía de legisladora universal, si se ha considerado científica; y ninguna ha evitado la superstición luego que ha tenido muchas leyes. Estas verdades, comprobadas por la historia de todos los siglos, y algunos libros que habian llegado á mis manos, sin duda escritos por los enemigos de nuestras glorias, me habian hecho creer que nuestra España estaba ya muy próxima á los horrores del sepulcro; pero mi veuida á Madrid sacándome felizmente de la

equivocacion en que vivia, me ha hecho ver en ella el espectáculo mas asombroso que se ha presentado en el universo; á saber: todos los períodos de la vida racional á un mismo tiempo en el mas alto grado de perfeccion.

Han ofrecido á mi vista una España niña y débil, sin poblacion, sin industria, sin riqueza, sin espíritu patriótico, y aun sin gobierno conocido: unos campos yermos y sin cultivo: unos hombres sucios y desaplicados: unos pueblos miserables, y sumergidos en sus ruinas: unos ciudadanos meros inquilinos de su ciudad, y una Constitucion, que mas bien puede llamarse un batiborrillo confuso de todas las constituciones.

Me ha presentado una España mu-chacha, sin instruccion y sin conocimientos: un vulgo bestial: una nobleza que hace gala de la ignorancia: unas escuelas sin principios: unas universidades fieles depositarias de las preocupaciones de los siglos bárbaros: unos doctores del siglo X; y unos premios destinados á los súbditos del emperador Justiniano y del papa Gregorio IX.

Me ha ofrecido una España joven, y al parecer llena de un espíritu marcial de fuego y fortaleza: un cuerpo de oficiales generales para mandar todos los ejércitos del mundo; y que si á proporcion tuviera soldados, pudiera conquistar todas las regiones del universo: una multitud de regimientos, que aunque faltos de gente estan aguerridos en las fatigas militares de rizarse el cabello, blanquear con harina el uniforme, arreglar los pasos al compas de las contradanzas; gastar pólvora en salvas en las praderas, y servir á la opresion de sus mismos conciudadanos: una marina pertrechada de costosos navíos, que si no pueden salir del puerto por falta de marineros, á lo menos pueden surtir al Oriente de grandes y finísimas pieles de ratas de que abundan; unas fortificaciones, que hasta en los jardines de recreo horrorizan á los mismos patricios que las consideran como mausuleos de la libertad civil; y unas orquestas bélicas capaces de afeminar á los mas rígidos espartanos.

Me ha mostrado una España viril, sabia, religiosa y profesora de todas las

ciencias. La ciudad Metrópoli tiene mas templos que casas, mas sacerdotes que seglares, y mas aras que cocinas. Hast: en los súcios portales, hasta en las infames tabernas se ven retablitos de papel, pepitorias de cera, pilitas de agua bendita y lámparas religiosas. No se da paso que no se encuentre una cofradía, una procesion ó rosario cantado; por todas partes resuenan los chillidos de los capones, los rebuznos de los sochantres, y la algaravía sagrada de los músicos, entreteniendolas almas devotas con villancicos, gozos y arietas de una composicion tan seria, y unos conceptos tan elevados, que sin entenderlos nadie hacen reir á todos. Hasta los mas recónditos y venerables misterios de la religion se cantan por los ciegos á las puertas de los bolegones al agradable y magestuoso compas de la guitarra. No hay esquina que no se empapele con noticias de novenarios, ni en que dejen de venderse relaciones de milagros tan creíbles como las transformaciones de Ovidio. Las ciencias sagradas, aquellas divinas ciencias, cuyo cultivo hizo sudar á los padres de la ige-

sia, se han hecho tan familiares, que apenas hay ordinadillo desbarbado que no se encarama á enseñarlas desde la cátedra del Espíritu Santo. El delicadísimo ministerio de la predicacion, que por particular privilegio se permitió á un Pantero, á un Clemente Alexandrino, á un Orígenes, hoy es permitido á un *invicto episcopo*, á cualquiera frailezuelo, que lo toma por oficio mercenario.

Las escrituras santas, los incorruptibles cimientos de la religion, son manoseadas por simples gramáticos, que cada dia nos las dan en castellano de una manera tan nueva que no las conoce la madre que las parió. Las lenguas estrangeras se aprenden cuando se ignora la lengua patria, y por los libros franceses se traducen los escritos de los hebreos. La filosofia se ha simplificado con las artificiosas abstracciones de Aristóteles, y descargándola de la pesada observacion de la naturaleza, se la ha hecho esclava del *ergo* y del *sotisma*.

La moral que fue la formadora de los Platones, los Sócrates, los Demóstenes, los Cicerones, los Plutarcos y

los Sénecas, solo sirve entre nosotros á tinturar levemente á los que dejando de ser filósofos, se han de meter á proceristas y llegan á legisladores. El derecho natural se reputa por inútil y aun nocivo. El derecho pátrio se estudia por la legislación de una nacion que ya no existe. La poesía es despreciada como una expresion de locura; y la oratoria como pasatiempo de la ociosidad. Nuestros predicadores y nuestros abogados han descubierto el inestimable tesoro de ser letrados sin cultivar las letras y vender caras las mas insulsas arengas y pajosos informes. Las obras con que cada dia nos enriquecen estos sábios sin duda nos harán notables en los siglos venideros.

Sus sermonarios y sus papeles en derecho servirán de envoltorio de pimienta y especias, y no dejarán de ser útiles á los cartoncistas y boticarios.

El venerable nombre de teólogo apenas se conocia en la antigüedad hasta que las largas vigiliass, continuadas tareas y profundas meditaciones habian blanqueado el cabello y arrugado el rostro; pero en el dia se logra aun sin

apuntar la barba, y aun sin mas trabajo que arrastrar bayetas seis ó siete años en su universidad, y haber ejercitado el pulmon en disputas pueriles sobre vagatelas despreciables.

Un jurisperito creía Atenas que no se formaba sin el socorro de todas las ciencias, sin el perfecto conocimiento del corazon humano y sin la observacion infatigable de la ley eterna; y un jurisperito lo ve España formado con unos miserables principios de lógica, con un superficial estudio del Binio, y con unos cuantos años de instruccion en los errores forenses, y en las iniquidades de los pleitos.

En la medicina no tenemos que envidiar á ninguno: tenemos quien nos sangre, nos purgue y nos mate tan perfectamente como los mejores verdugos del universo. La riqueza de nuestros boticarios es una prueba de la sabidoria de nuestros médicos, y de su propension al arte j. ropístico, y á la ciencia recetaria y curandera.

Las matemáticas las estudiamos poco, porque sirven para poco, y reduciendo á demostracion todas sus propo-

siciones, no dejan campo al entendimiento sublime para hacer lo blanco negro y lo negro blanco con la admirable fuerza de un argumento en *Dariis*, *Baralipton*, ó en *Frisosomorum*.

El comercio, que los estrangeros ponderan, con razon, como canal de las riquezas de un estado, tiene sus principios; pero nosotros no necesitamos quebrarnos la cabeza en aprenderlos, pues les basta á nuestros mercaderes saber que lo que vale cuatro debe venderlo por seis, y prestar dinero sobre prenda *pretoria* al seis por ciento cada mes, y esto aun los mas religiosos y justificados en el concepto de sus antagonistas.

La física es ciencia que siempre ha traído visos de hechicería y diablura; y aunque se han establecido algunos laboratorios, todos los hombres de carrera dicen, que su estudio es niñería y pasatiempo; y que nunca saldrá de entre los crisoles un tratado de *Decisionibus*, *cursiis de Magistratibus*; ó cosa semejante para la felicidad del mundo.

Me ha mostrado una España vieja y regañona, brotando leyes por todas las

coyunturas: El cuerpo de un maldito derecho, engendrado en el tiempo más corrompido del imperio romano, para servir á la monarquía más despótica y llena de confusion que han conocido los siglos. El código de Justiniano concluido de retales y caprichos de los jurisconsultos, y la compilacion de Graciano llena de decretales falsas y cánones apócrifos, sacaron á luz nuestras partidas y abrieron las puertas á las más ridículas cabilaciones de los leguleyos. Nuestra recopilacion, nuestros autos acordados, nuestros modos de enjuiciar, todos toman de aquí su origen. La legislación castellana reconoce por cuna el siglo más ignorante y turbulento: siglo en que la espada y la lanza eran la suprema ley; y en que el hombre que no tenía pujanza para embasar tres ó cuatro de una estocada, era tenido por infame, villano y casi bestia: siglo en que los obispos mandaban ejércitos, y en vez de ovejas educaban lobos y leopardos; siglo en que los silvidos del pastor estaban convertidos en bramidos de tigre, y en que el chispazo de una excomunion encendia la voraz hoguera